

Heroínas de la Batalla de Zacatecas

HORACIO RAMÍREZ DE ALBA

P

or razones de trabajo, un buen día visito la muy bella ciudad colonial de Zacatecas: recorro las calles céntricas tratando de identificar lugares que motivan recuerdos, pero esta vez no de vivencias propias sino heredadas, son recuerdos sembrados en la mente cuando la abuela y mi madre, nacidas en esta ciudad, contaban sus vivencias de juventud y niñez respectivamente. Camino hacia el Sur, a poco se ve la fuente de Los Faroles y enseguida la parte final de la calle de Hidalgo, antaño conocida como Calle de Arriba; es la confluencia de dos avenidas, una con pendiente ascendente y otra descendente, a pocos pasos la esquina con el Callejón del Tenorio donde se encuentra el inmueble que fue casa de los Maldonado, ya no es la de antes pero conserva su elegante balcón soportado por ménsulas de cantera rosa y una herrería de bonito diseño.

Al entrar, los ojos no ven lo actual sino el señorial patio decorado con plantas y flores en macetas. Los oídos creen escuchar los gritos de alegría de niños jugando, ajenos a la tragedia que pasaron y amenazó sus vidas. Otros no tuvieron tanta suerte. En un segundo patio, al fondo, muy arriba del nivel de la calle, la vivienda de la abuela a quien encuentro sentada haciendo costura en su máquina de coser de pedal mientras vigila a los niños, especialmente a la niña a quien prestó una muñeca de sololoy, regalo y recuerdo preciado de su propia madre. Aquella familia ya no estaba completa, pronto se dispersaría, lástima, la culpable fue la mentada revolución que destruyó muchas familias como ésta. Afortunadamente, la abuela y mi madre sobrevivieron. Los recuerdos me atrapan y allí mismo, bajo las miradas curiosas y de extrañeza, se bosqueja este escrito hecho en su memoria.

El hombre, en busca de su camino e ideales, a menudo se enfrasca en terribles luchas entre naciones y entre hermanos, pero ante la convulsión de una guerra siempre está el esfuerzo por conseguir la paz, que permitirá cristalizar aquello por lo cual se luchó. Es aquí donde las madres desempeñan un papel muy importante, pues su labor inicia en los hogares donde se restituye la esperanza y se toma nueva fuerza, sólo así se restañan las heridas. Muchas de ellas perdieron algún ser querido y sufrieron físicamente las consecuencias de los horrores de la guerra, pero están dispuestas a vencer la violencia con amor y la muerte con vida. Son, pues, las madres artífices de la paz. Con este apunte hago un homenaje a la madre universal al recordar a dos de ellas: mi abuela y mi madre, quienes sufrieron uno de los episodios más sangrientos de la Revolución Mexicana como la Batalla de Zacatecas en 1914. Sus nombres: María Lucía Maldonado Herrera (1892-1969), quien se desempeñó como enfermera en la batalla, y Esther de Alba Maldonado (1914-1999) nacida en medio de la conflagración.

Este escrito se basa en los relatos contados por la abuela a sus nietos. Siempre la conocimos como Mamá María, su juventud estuvo enmarcada en la edad del progreso “el alba de los grandes ideales” como expresó Víctor Hugo. Sus sueños se alimentaron con los escritos de Dumas, Dostoievski, Verne y Doyle. Su pensamiento y su actuar estuvieron influidos por el romanticismo, bella época donde el ideal de hombres y mujeres era identificarse con personajes como Garibaldi o Florencia Nightingale, respectivamente.





La ciudad de Zacatecas, emporio minero, saludó al nuevo siglo XX con inequívocos signos de modernidad como la luz eléctrica, el ferrocarril y los tranvías de mulitas. La ciencia y la instrucción no quedaron atrás; en el famoso Cerro de La Bufa se puso en operación un potente telescopio y aparatos meteorológicos. La gente, incluida Mamá María, tenía motivos para sentir optimismo, confianza y orgullo por su bella ciudad, muestra de ello es el Mercado Centenario, inaugurado el día 5 de mayo de 1910 por el presidente y general Porfirio Díaz.

Mamá María manifestó verdadera emoción por los festejos oraganizados para celebrar cien años de la independendencia de México, entre ellos, la invitación al Baile de Gala al que asistió el mismísimo don Porfirio, así como las espectaculares veladas de ópera y zarzuela en el hermoso Teatro Fernando Calderón. Al revivir esos momentos felices que el viento se llevó, la alegría se refleja en su rostro y rememora el día en que su papá alquiló un automóvil con un elegante chofer para ir de paseo a la vecina población de Fresnillo, *fue maravilloso viajar en ese veloz coche descapotable, todos nos miraban con asombro, no podía creer que fuera yo quien iba montada en esa máquina de sueño.*

Otro relato preferido de Mamá María era su tranquilo paseo dominical por La Alameda, en el ambiente tibio y sereno del verano zacatecano donde la banda municipal interpretaba temas clásicos, valsos, o ritmos de moda, mientras las mujeres caminaban en sentido opuesto a los hombres. Pero las cosas no iban del todo bien y pronto se percataron de que algo sucedía. Ese mismo año de 1910, estalló la revolución que buscaba democracia, tierra y libertad. Al principio sólo fueron brotes débiles y aislados pero pronto tomó fuerza y en seis meses se vino abajo el régimen del general Díaz, el cual parecía eterno. Precipitadas las cosas también por la edad del héroe oaxaqueño, salió exiliado hacia París un 31 de mayo de 1911. Exactamente tres años después nació Esthercita en condiciones sumamente difíciles a consecuencia de estos acontecimientos.

Es necesario ir por partes, quizás parece que la ciudad de Zacatecas no sufrió demasiado en los primeros meses de lucha; cuando fue electo el presidente Francisco I. Madero parecía posible una continuidad hacia la modernidad, dada la importancia de la ciudad y la región para la economía del país. Pero muchos, incluida Mamá María, se dieron cuenta de que la ciudad y la vida en ella ya no sería lo mismo, el cielo se llenó de nubes negras presagiando la peor de las tormentas; quedaba atrás ese mundo optimista de su niñez y juventud. De esto culpó al presidente Madero, refiriéndose a él en forma despectiva como *ese chaparro espiritista.*



En febrero de 1913, según cuenta, se recibió la noticia del asesinato de Madero por órdenes del usurpador Victoriano Huerta. La gente se preguntó si ese hecho significaba más guerras en Zacatecas, así, la triste realidad no se hizo esperar. En junio de ese año —agregaba— Pánfilo Natera, partidario del constitucionalismo de Venustiano Carranza en contra de Huerta, tomó la ciudad y por consecuencia se desencadenaron desórdenes, escasez de dinero y alimentos, así como enfermedades. Sin embargo, Natera no pudo retener la plaza, en menos de un mes el general Delgado de las fuerzas federales se presentó con un contingente importante, incluyendo piezas de artillería. Por esto el jefe revolucionario prefirió abandonar la ciudad sin resistencia. Mientras tanto, los federales aprovecharon para fortificarse con más tropas y cañones, entre ellos una potente pieza de artillería llamada “El Niño” (una mole de hierro montada sobre una plataforma de ferrocarril). Toda la gente salió de sus casas para verlo, se comentaba que “El Niño” detendría cualquier ataque; la gente vivió una tregua de renovada confianza, pero en el fondo poco firme.

Dos amenazas se ceñían entonces en la ciudad —proseguía su relato— una era la posibilidad de que la División del Norte viniera a reforzar al contingente de Natera que se mantenía al acecho; otra, algo más temible: el tifo. Con la llegada de miles de soldados y sus familias, los problemas sanitarios se agravaron, se luchaba por impedir una nueva epidemia del mal que años anteriores dejó estragos. Estas amenazas esperaron su turno para aparecer, primero el tifo se ensañó con la población, ya atemorizada, pero al faltar agua y medicinas el mal empeoró. Es necesario mencionar que María Lucía se había capacitado previamente en el arte de la enfermería a fin de ser útil a sus conciudadanos. En esos momentos difíciles durante la epidemia, sus servicios fueron requeridos y así conoció al joven médico militar Pedro de Alba, con quien luchó por la salud de la población. Estas dificultades favorecieron la empatía mutua, así, el más tierno amor floreció entre ellos, del cual resultó, meses más tarde, el nacimiento de Esthercita, verdadera hija de la Batalla de Zacatecas.

Entre tanto, la ciudad vivía un periodo de calma relativa. En la primavera de 1914 el comandante de la plaza, el general Barrón, había tenido tiempo de desarrollar mejor sus defensas y provisionar sus tropas. Reunió quince mil efectivos, construyó trincheras y localizó estratégicamente su artillería de manera que cualquier fuerza atacante desde el exterior fuera barrida por el fuego. Muchos discursos se permitía el general —explicaba Mamá María— para tratar de tranquilizar a la población repetía en cuanta ocasión se presentaba: *¡La ciudad es inexpugnable!* Pero la gente, con precaución y recelo, hacía acopio de las limitadas provisiones que podía conseguir, tapiaba puertas y ventanas, escondía sus escasas posesiones de monedas de oro y plata, como previsión de lo venidero.

Llegó el mes de mayo cuando se realzan los atractivos de la ciudad de Zacatecas, cuando luce más radiante y hermosa. Su aspecto puede cambiar de un día a otro, inclusive en cuestión de horas sin demeritar en nada, pues esa es su magia. El Crestón en el Cerro de la Bufa, faro de la ciudad, puede parecer una brasa cuando el sol cae de lleno, o bien un descomunal y misterioso fantasma semioculto entre las nubes bajas o la neblina del amanecer; el puntual repicar de la campana mayor de la catedral imprime al escenario un sello de solemnidad pero sin dejar de tener algo de lúdico.

El último día de ese maravilloso mes de mayo de 1914 nació Esthercita. No se puede decir que arribó en el mejor momento para su propia seguridad, pero sin duda significó la esperanza en medio del infortunio. ¿Quién sería el vencedor, los jinetes del Apocalipsis o la vida? Acerca del nacimiento de su hija, Mamá María solía expresar que sintió una mezcla



de sentimientos encontrados, de alegría por dar a luz una nueva vida, pero a la vez de suma preocupación dado el gran peligro que corrían: *afuera se oía la lluvia, las amables personas que me ayudaron hacían acopio con gran dificultad de los pocos elementos que pudieron conseguir para asear a la criatura que lloraba a pleno pulmón.*

Pocos días duró la aparente tranquilidad, el 11 de junio, diez días después del nacimiento, las fuerzas del persistente Natera atacaron por los cerros pero fueron rechazados con grandes pérdidas. Fue un terror peor que los anteriores —según narraba Mamá María— una guerra librada en las goteras de la ciudad. La artillería con su ruido ensordecedor arrojó fuego durante tres días seguidos. A los disparos agudos y constantes de las trece piezas Saint Chaumond se intercalaba regularmente la voz poderosa de “El Niño” que hacía retumbar la tierra para en seguida helar la sangre con el silbido de la granada arrojada por su gran boca: *a lo lejos se escuchaba la explosión que ponía la piel de gallina al pensar en los infelices que recibían tales regalos.*

Al recordar esto, refería con pesar que la sordera padecida a lo largo de su vida se debió a lo sufrido en aquellos días. Su hija también tuvo ese problema, ella lo atribuía a la quinina aplicada contra la malaria que de joven le atacó, es posible que el terrible ruido y las ondas de choque causadas por los cañones afectaran sus oídos.

Así fue como las tropas de Natera se vieron disminuidas y dispersas. Cuando intentaron la retirada se encontraron con el ejército federal del general Argumedo que venía a reforzar la plaza desde San Luis Potosí, por lo cual la mortandad aumentó. Esa noche hubo festejos en la ciudad por parte de los federales, pero la mayoría de la gente prefirió quedarse en sus casas presintiendo que esa batalla no sería la última y, además, por fin, había tiempo para dormir sin escuchar a “El Niño” y sus compañeros. Para Mamá María esos días de tregua fueron como una bendición ya que pudo, como muchas otras personas, salir de su escondite a tomar aire fresco, así como buscar alimentos y otras provisiones para atender las necesidades de su hija. También pudo cumplir con sus obligaciones en el hospital, atendiendo a los heridos. *Caminar por la ciudad deshecha me rompió el corazón, el quiosco de la Alameda sirviendo de cuartel y todo el parque lleno de gente en la más entera promiscuidad, además de basura y escombros, no podía dejar de llorar al recordar lo que fue.*

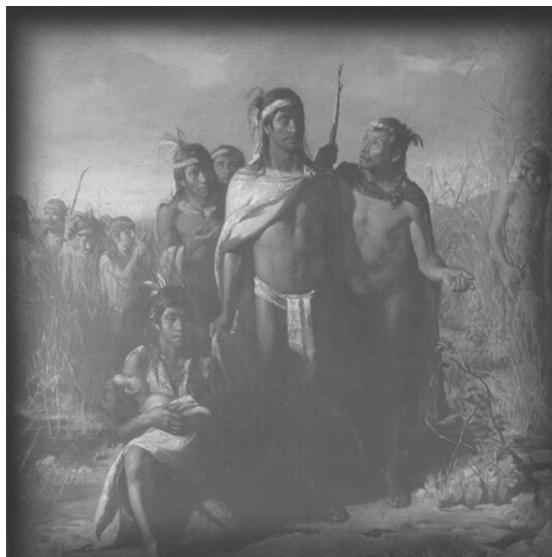
Llegan los ecos del pasado con viva frecuencia, aquellas palabras entrecortadas por la emoción referían que aquellos con fuerza salían a los cerros en busca de conejos y cobayas, o se conformaban con tunas y pitahayas; en la ciudad todo lo que se moviera, ratas, ratones y lagartijas, era perseguido de forma ansiosa con la esperanza de llevarse algo a la boca. La tregua no duró mucho, días después se expandió la noticia de que se aproximaba una gran columna militar proveniente de Torreón a bordo de trenes, caballos y a pie: Villa y su División del Norte.

La avanzada estaba al comando del general Felipe Ángeles, militar de carrera, estratega especialista en artillería, quien se dedicó a estudiar la zona y las defensas de la ciudad. Cuando llegó el general Villa, Ángeles le presentó un detallado plan de ataque aprobado por éste sin modificaciones. La ciudad quedó sitiada y, por lo tanto, los víveres escasearon aún más.

El 19 de junio, Toribio Ortega, uno de los *Dorados de Villa*, tomó las posiciones federales de la Veta Grande desafiando el fuego nutrido de los cañones, eso significó un serio revés para los defensores de la ciudad, pero no había posibilidad para la rendición, ya que las órdenes dadas desde la capital eran precisas: defender la plaza a toda costa. El presidente usurpador había cifrado todas sus esperanzas por mantener el poder en la victoria de sus fuerzas en Zacatecas.

La abuela contaba que en los siguientes días llovió abundantemente en Zacatecas; en medio de la copiosa lluvia, del viento y los relámpagos, las fuerzas que sitiaban la ciudad seguían





fría y calculadamente el plan del general Ángeles. Sufrimos el horror de los cañones —decía— pero esta vez mucho peor porque se trataba de un fuego cruzado: los proyectiles estallaban dentro de la ciudad, su terrorífico silbido era seguido con gran ansiedad pues al terminar venía un descomunal estallido que podía significar el fin. Los rosarios pasaban rápidamente entre los dedos de las manos húmedas, a los niños se les mantenía cruelmente en estrechos escondites cavados bajo los pisos de las casas. En las calles se amontonaban los cadáveres y no había cobertizo donde no se encontraran numerosos heridos, tanto civiles

como militares, sin embargo, no había suficiente personal médico y de enfermería para atender a todos.

El 23 de junio, Zacatecas se encontró en la hecatombe, fue el día decisivo. Muy temprano, la artillería al mando del general Ángeles empezó a quebrantar las principales posiciones de los federales en Loreto y el Cerro de la Sierpe, avanzando hacia la fortificación del Cerro del Grillo para contactar a los infantes y jinetes al mando del general Villa, quienes pronto dominaron todas las alturas cercanas a la ciudad.

A las doce horas las posiciones de los revolucionarios eran ventajosas, a la una de la tarde escaseaban las municiones de los federales y para las dos ya habían sido derrotados en Santa Clara, Cantarranas y el Grillo (o sea a un paso de la ciudad, actualmente estos lugares están dentro de la conurbación). Al caer la tarde se apoderaron de la fortificación más importante de la línea interna de defensa, preparada por los federales en lo alto del Cerro de la Bufa. A las seis de la tarde, finalmente, cayó la plaza y los federales en pleno desorden huyeron por la cañada hacia Guadalupe, encontrándose con la trampa que les tenía preparada el general Ángeles: la fuerza de retaguardia apostada en ambos lados de la cañada sólo debía apuntar bien para cobrar una víctima por cada bala.

El general Ángeles, al final de ese día, escribió en sus memorias de campaña: *Finalmente, nos pareció ver que hacían (las fuerzas federales) un último esfuerzo desesperado para lograr salir por donde primero lo intentaron, por Guadalupe y presenciamos la más completa desorganización. No los veíamos caer, pero lo adivinábamos. Lo confieso sin rubor, los veía aniquilar en el colmo del regocijo; porque miraba las cosas desde el punto de vista artístico, del éxito de la labor hecha, de la obra terminada. Y mandé decir al general Villa: Ya ganamos, mi general. (...) Ahora, pensé, ya no falta más que la parte final, muy desagradable, de la entrada a la ciudad conquistada, de la muerte de los rezagados enemigos que se van de este mundo llenos de espanto.*

Al general le faltó mencionar lo hecho con la población civil; toda esa gente aturdida y confundida por no saber qué destino les esperaba y si finalmente tendrían algo para

comer. Por lo menos su discurso no siguió en el mismo tenor, ya que al siguiente día escribió: *¡Oh, el camino de Zacatecas a Guadalupe! Una ternura infinita me oprimía el corazón. Lo que la víspera me causó tanto regocijo como indicio inequívoco del triunfo, ahora me conmovía hondamente.*

Y es que el general estaba en presencia de lo que muchos otros vimos —enfaticaba Mamá María— un camino tapizado de cadáveres rígidos, con los ojos aún abiertos, muchos de los oficiales caídos fueron compañeros o subordinados del general Ángeles, pues fue director del Heroico Colegio Militar en la ciudad de México. La gran mayoría de los cadáveres eran de jóvenes, casi niños, incorporados a la milicia por el cruel, injusto y bárbaro sistema de la leva, arrancados prácticamente de los brazos de sus madres.

En la ciudad todo continuaba, las cosas no estaban mejor, muchos civiles murieron entre los escombros de las casas y edificios abatidos por el fuego de la artillería o dinamitados por los federales en su intento por detener al enemigo. Otros muchos civiles murieron por las balas perdidas de ambos bandos; algunas personas, durante los peores momentos de la batalla, salían enloquecidas de sus casas a causa del hambre y la ansiedad, sólo para encontrar la muerte en la calle.

La locura persistió varios días, al no poder sepultar a tantos muertos se decidió incinerarlos; fueron trasladados en carretas hacia los crematorios improvisados. El ambiente se llenó de un olor terrible e insoportable; aquellos cuerpos adquirían posiciones grotescas y macabras. La campana mayor de catedral tocó a duelo para interpretar el pesar general. Mamá María agregaba que los fusilamientos eran cosa común, al paredón iban quienes posiblemente ayudaron a los federales. Citaba cómo Villa exigió al director del hospital que le entregara a los oficiales para ejecutarlos, pero el médico le contestó que en su hospital sólo había heridos y no le entregaría a ninguno. Por lo cual, Villa ordenó su fusilamiento. Ante esto, doctores y enfermeras, la mayoría de ellas voluntarias y demás gente proveniente de la ciudad, alegaron que eran tan culpables como su director, por lo tanto, pidieron igual trato. El famoso general revolucionario se llenó de cólera y estuvo a punto de fusilar a todos, pero uno de sus subordinados de confianza le hizo ver lo impopular y poco conveniente de esta acción.

Nadie sabe a ciencia cierta cuál fue el número de muertos, se dice que aproximadamente 6000 federales perdieron la vida y 3000 quedaron heridos, mientras que de los revolucionarios cayeron 1000 hombres y 2000 quedaron heridos. En cuanto a la población civil, nunca se dieron cifras oficiales pero se asegura que por lo menos 5000 perdieron la vida directamente por la guerra y otros 2000 por enfermedades y hambruna. En esas fechas la ciudad contaba con no más de 25000 habitantes, muchos de ellos salieron antes de la batalla, esto hace una proporción aproximada de los fallecidos: un tercio del total, o sea una probabilidad de morir de dos veces lo correspondiente a la ruleta rusa.

A pesar de los estragos tan grandes, poco a poco la vida retomó su rumbo, el milagro de la esperanza, una vez más, con su luz disipó las tinieblas. Las madres de los niños sobrevivientes a la hecatombe resultaron las verdaderas heroínas de la Revolución Mexicana; ellas preservaron la vida de quienes después se encargarían de reconstruir el país. Los generales siguieron protagonizando batallas, pugnas y purgas que durarían varios años, muchos de ellos murieron de forma violenta. Venustiano Carranza murió en 1920 traicionado por sus antiguos seguidores. Felipe Ángeles, el artífice del triunfo revolucionario en Zacatecas, afrontó el paredón un año después de su hazaña de forma totalmente injusta y paradójica. Francisco Villa y Álvaro Obregón fueron borrados del mapa, abatidos por las balas de asesinos pagados o dirigidos por sus enemigos políticos. Sólo Victoriano Huerta, el más culpable de todos, se libró



de las balas al salir del país, pero la cirrosis hepática se encargó de él a menos de dos años de lo ocurrido en Zacatecas, precipitando su caída del poder. Justicia divina, diríamos muchos.

Después de esos acontecimientos que pusieron en riesgo su vida, Mamá María se dedicó a educar a sus hijos y a ejercer sus conocimientos de enfermera y partera ayudando a traer al mundo a muchos nuevos mexicanos, incluyendo a sus nietos. En cuanto a su hija Esther, el haber pasado sus primeros meses de vida dentro de aquel infierno, significó una especie de inoculación contra la violencia por la que sintió siempre aversión; en cambio, exaltó las virtudes humanas de la manera más directa y efectiva, es decir, practicándolas.

Esther cultivó la tolerancia y siempre fue apegada a la cultura, se graduó de profesora en la Escuela Normal de Zacatecas. En 1930 conoció a Fernando Aureliano Ramírez Ponce, joven soldado de Unión de Tula, Jalisco, quien sobrevivió a la no menos espantosa guerra cristera, posterior a la revolución. Salió de ella con heridas físicas y emocionales, pero gracias a su matrimonio rehizo su vida y, formando un verdadero equipo, ambos dedicaron su esfuerzo a su verdadera vocación: la educación. Procrearon nueve hijos, cuatro mujeres y cinco varones. Su camino fue largo y difícil por las repetidas crisis económicas y las pocas oportunidades de trabajo. El tener una familia numerosa seguramente les dificultó las cosas pero ellos, y principalmente Esthercita, transformaron las dificultades en oportunidades. El propósito de nuestro padre fue formarnos a todos como profesionistas; el de nuestra madre fue hacernos personas útiles. Además, cumplieron todo esto con el apoyo del soporte moral y económico de don Pedro de Alba que nunca olvidó del todo a su hija y a su familia.

A la menor oportunidad regreso a Zacatecas, sin dejar de ir al Cerro de la Bufa a pie, como lo hacían ellas, y no en el moderno teleférico o el autobús que lleva a los turistas. Para el ascenso existe hoy un bonito sendero a manera de vía crucis, los encargados han mandado plantar diferentes especies de cactáceas que aumentan su atractivo. Se percibe en todo su esplendor el Santuario de Nuestra Señora del Patrocinio, que aquel año de 1914 no se libró de sufrir los impactos de la metralla, sus muros sirvieron de trincheras y, en los momentos trágicos de la caída, no faltaron quienes se refugiaron bajo la protección de la Virgen para tratar de salvar la vida.

Cerca de ahí se ha montado un museo donde se ofrece información sobre aquellos hechos, la exposición de fotografías llama la atención, no contienen detalles por ser reproducciones ampliadas, algunas muestran edificios derruidos, otras, escenas de guerra: cañones disparando o la carga de la caballería en plena acción, otras más de la gente común, de los heridos en el hospital, en éstas se cree ver la sangre y lágrimas de aquellos que desgraciadamente coincidieron en ese preciso lugar y tiempo.

Camino por un estrecho sendero hasta el observatorio, orgullo de la ciudad, ahora lleno de pintas en sus muros. La vista es magnífica encabezada por la catedral y hacia el norte San Francisco con su templo en ruinas; se contempla la bella y bien cuidada ciudad siempre envuelta de ese halo de dignidad provinciana, acentuado por el puro y fiel sonido de la campana mayor de su catedral. Desde las alturas se distinguen muy bien muchos de los sitios estratégicos donde se desarrollaron los hechos de armas en la famosa batalla.

Caminando hacia la cima, se encuentran las grandes esculturas ecuestres realizadas en bronce de Villa, Ángeles y Natera, más arriba en la base del Crestón se registran los nombres de los ilustres del estado de Zacatecas, entre ellos el poeta jerezano Ramón López Velarde, amigo entrañable de don Pedro de Alba, quien seguramente se inspiró desde este lugar para escribir su poema épico de la Suave Patria. Y el peregrino se queda pensando que allí, de



